

virtud para ver nuestra miseria, detestarla, dejarse del mal y hacer el bien. Un día, a la luz del juicio divino, nos despertamos, nos vemos al descubierto; de tantas hermosas apariencias, no quedará nada. Los publicanos, al contrario, son justificados. Más valdría ser un pecador público, pero con el sentimiento de la miseria, que un fariseo de obras brillantes, pero desprovisto de humildad (P).

¿Cuál es la recompensa del anonadamiento? La paz del corazón, la calma de las pasiones, el cese de todas las agitaciones del espíritu, de las murmuraciones y de las rebeliones interiores. Una alma anonadada sufriría todos los males imaginables sin perder la calma que conlleva el estado de vida. Es cosa de experiencia. ¿Qué es lo que más nos cuesta soportar, los desprecios, las humillaciones, las calumnias? Nuestro orgullo. Eso es lo que nos inquieta, nos indigna, nos hace la vida amarga, insoportable. Trabajemos en anonadarnos.

Plegaria por nosotros mismos



Por nosotros,

- Mt 23,3 que decimos y no hacemos
Mt 24,4 que vemos la paja en el ojo ajeno y no la viga del nuestro
Mt 23,24 que apartamos el mosquito y tragamos el camello
Mt 5,14 que somos sal insípida y luz que se esconde
Mt 5,45 que amamos al amigo y aborrecemos al enemigo
Mt 6,14 que no perdonamos las ofensas
Mt 6,24 que pretendemos posible servir a Dios y al egoísmo
Mt 7,13 que no nos atrevemos a ir por la senda estrecha
Mt 7,21 que nos contentamos con exclamar: Señor, Señor
Mt 22,37 que no amamos con obras y de verdad
Mt 16,24 que queremos seguirte, pero sin tomar la cruz ni negarnos a nosotros mismos

Plegarias del Hombre Nuevo (1968)

La hojita

**ESPIRITUALIDAD
BETHARRAMITA**

Betharramitas, Religiosos y Laicos
felices de nuestra vocación y comprometidos
en "lograr para los demás la misma felicidad"

Año VIII 2004 - N° 8

Mi Dios es joven

Mi Dios tiene el frescor del amanecer.
Mi Dios es el nacer.
Por eso es joven cada instante.
En mi Dios no hay gérmenes de muerte.
Mi Dios no puede envejecer.
Es la plenitud, la madurez siempre joven. Es un día sin fin.
Es una juventud continua. Por eso es la vida.
Ser joven es parecerse a mi Dios.
Por eso, en lo más hondo de cada ser, duerme escondido un deseo secreto de juventud. Por eso nadie querría envejecer.
Por eso sufre siempre quien camina hacia el atardecer.
Por eso existe una misteriosa atracción del anciano hacia el joven y una dulce-amarga nostalgia-envidiosa.
La juventud es plenitud de ilusión, es madurez de donación, de fantasía, de esperanza, de belleza. Es el sí del amor.
Es más fácil al joven que al anciano regalar la vida.
Es más fácil al joven ser heroico, quemarse por una idea.
En el joven el amor aún bulle con toda su fuerza virgen
La juventud no es un tránsito, un aprendizaje, un noviciado.
Es el momento sublime de dar sentido a la vida, es la hora de las grandes decisiones, es el culmen de la espontaneidad.
Es el momento mejor para entender la voz de Cristo cuando dice: "El que no expone su vida la perderá".
Por eso sólo es maduro, vivo, fecundo quien conserva, en el inexorable correr del tiempo el frescor, la ilusión, el heroísmo, la espontaneidad, la viveza del joven.
Sólo es divino quien se resiste en su alma a dejar de ser joven.
Por eso es difícil mi Dios joven, mi Dios rabiosamente joven, mi Dios necesariamente joven, mi Dios divinamente joven para quienes, al per-

der el tren de la juventud y con él sus valores mejores, intentan como triste consuelo, proyectar en él la mezquindad de su derrota elevándola a categoría de bien.

Y querrían que mi Dios pensara como ellos, sintiera como ellos, mirase al mundo y sus cosas con el color cansado de sus ojos.

Y llaman experiencia a lo que quizás es desilusión.

Y llaman madurez a lo que tal vez sea sólo cansancio.

Y llaman prudencia a lo que es sólo conformismo.

Y llaman fecundidad a lo que es seguramente no es más que apego a sus últimos retazos de vida.

Pero mi Dios es siempre joven.

Y cuando el hombre envejece en su alma, Dios sigue siendo joven.

Por eso mi Dios está más cerca siempre de quienes son más jóvenes en cada momento de la historia.

Mi Dios es siempre joven porque espera siempre, porque sabe leer la bondad que esconden las cosas, porque sabe captar el rumor imperceptible de la vida que despunta por todas partes para que el mundo siga siendo joven.

Mi Dios joven sabe que el triunfo definitivo es de la vida.

Mi Dios no tiene los defectos de los jóvenes pero tampoco los vicios de los viejos.

Mi Dios tiene las cualidades de todos pero en él todo está impregnado de juventud porque mi Dios es el joven eterno, o mejor, ¡el eternamente joven!

Mi Dios es el que hace nuevas, es decir, jóvenes todas las cosas.

Mi Dios es el que al final de los tiempos, inaugurará, con la resurrección de todo, la juventud perenne de los siglos.

Mi Dios es gratis

No tiene precio mi Dios. Nadie puede comprarle. Ni el dinero ni la santidad.

Mi Dios se recibe gratis, como las plantas reciben el sol. Nadie se lo merece.

Puedo llamarlo, puedo gritarle mi sed mi hambre de él, puedo golpear a su puerta, puedo llorarle mi pena y mi soledad.

Pero no tengo derechos sobre mi Dios.

Mi Dios es un puro regalo. Es un don de mi vida.

Es él quien debe amarme primero. sólo el puede abrirme la puerta.

Pero mi Dios no es avaro, no es tacaño.

Mi Dios se da con abundancia como el sol y el aire.

Mi Dios brota al borde de todas las cunetas de la vida.

Mi Dios florece cada instante, para todos.

Pero mi Dios quiere ser recibido como un regalo.

Mi Dios se negaría sólo a quien quisiera ponerle un precio.

Es difícil mi Dios, mi Dios gratis, para el hombre moderno.

Es difícil mi Dios para quien sueña comprarlo todo:

que desea las cosas en propiedad,

que desprecia lo que no tiene precio,

que mide los objetos y las personas por el puñado de oro que le cuestan, que ama más lo que es más caro.

Pero mi Dios no cambia porque es el amor y el amor sólo puede darse.

El amor no se vende.

Un amor que exigirá sólo una respuesta de amor, también gratis.

Quien se abra a este amor regalado que llueve sobre nosotros continuamente sentirá fecundar sus entrañas.

Sentirá germinar en él, como el fruto mejor, ese único amor sustancial capaz no de comprar sino de *enamorar* al mismo Dios: un amor sólo amor.

Un amor que ya no puede morir y crece siempre y es nuevo cada instante porque lleva en sus venas el secreto único y gozoso de lo inagotable.

El Dios en quien no creo (1970) **Juan Arias**

San Miguel nos dice

¡Qué hermosa disposición la de estar a la entera disposición de Dios, como san Pablo! ¿Qué quieres que haga? Aquí estoy, dispuesto a todo, a todos los sufrimientos, a todos los escándalos. Con esta disposición, Dios hace de san Pablo un vaso de elección, apto para recibir gracia tras gracia. Imitemos también al publicano del Evangelio y no al fariseo. ¡Somos tan débiles, culpable, mezquinos! Ahondemos en nosotros el fundamento de la humildad.

No seamos, como el fariseo, pelagianos prácticos, llenos de pretendidos méritos, con virtudes exteriores, filosóficas, naturales; en el fondo, sin humildad, sin virtud cristiana y, en realidad, llenos de pecados. Pues, en esa disposición farisaica, tenemos demasiada luz para pecar, suficiente